Fantasmas en la universidad y otros relatos de la vida del doctor Tirzo

(Profe vulgaris)

Fernando Ortiz Lachica

MEDIODÍA

Índice

Prólogo 11
Eduardo Parra Ramírez

Vacaciones 13
Primer día de clases 17
Fantasmas en la universidad 21
Vocación temprana 25
El plan de estudios 27
Licenciatura 31
La visa y el congreso 35
Regreso 39
Pronósticos deportivos 43
Maestría fría 47
Paro por tiempo indefinido 55
El concierto 59
Culpa progresista 63
Mitos griegos 67
Paloma muerta 69
Doctorado 71
Desempleo 77
Sistema Nacional de Eruditos 81
El edificio inteligente 85
Enfermedades imaginarias 87
Foro de consulta 89
Elecciones 93
Idolina 97
Reconocimiento 99
Treinta años de Coatlinchán 103

Acerca del autor 107

Primer día de clases

Veinticinco años trabajando de maestro y todavía me pongo nervioso cada vez que comienzan las clases. Casi siempre tengo pesadillas la noche anterior.

Estoy perdido, manejando en una calle desconocida con edificios grises y feos. Voy retrasado y en unos minutos empieza mi examen profesional. Al mismo tiempo pienso: ¿cómo puede ser, si hace mucho me titulé? El tráfico se detiene, tal vez a causa de un accidente o, peor aún, una manifestación. No llegaré a tiempo. Seguro ya están ahí mis amigos y familiares, tal vez algún miembro del jurado. Empiezo a sudar frío. Siento una opresión en el pecho. Me van a reprobar. ¡Esto es absurdo! Hace tiempo que obtuve el doctorado ¡No puede ser que vaya a presentar examen para obtener el título de clarividente! Pero ¡tengo que llegar! De alguna manera me estaciono y bajo del auto para correr al examen. ¡Las piernas no me obedecen! ¡No me puedo mover! Estoy paralizado.

Desperté muy inquieto, pero me volví a dormir enseguida.

La misma calle extraña, el mismo atasco de tráfico, pero ahora hay un edificio distinto en la esquina. Se parece a la escuela en la que cursé la primaria. Voy muy retrasado, debo llegar al examen. ¡No, no! Ya me titulé, soy maestro en ciencias ocultas, doctor en… ¡No voy a presentar examen, soy uno de los sinodales! Me esperan los otros miembros del jurado, el candidato, sus familiares y amigos. ¡No les puedo fallar!

De nuevo desperté y vi el reloj. Faltaba una hora para el amanecer y podía estar un rato más en la cama, pero preferí levantarme.

Salí de casa antes de lo acostumbrado para llegar a la Universidad de Coatlinchán con tiempo de sobra. En el camino imaginaba mi primera clase: presentarme, preguntar los nombres de los alumnos, aun sabiendo que solo recordaré tres o cuatro al final del semestre, hablar de los objetivos del curso, repartir programas. Una vez más me enfrentaría a la tarea

de interesar a los estudiantes en la historia de la adivinación. Sumido en mis pensamientos, no supe cómo llegué a la Avenida General Calero. Estaba pensando que prefiero los grupos pequeños, pero casi siempre son numerosos. También me preguntaba si al menos algunos alumnos sabrían leer y escribir algo más que la sección deportiva del diario. En la esquina de Mártires de la Patria tuve que abandonar mis cavilaciones: en esa zona hay que estar atento para evitar que los limpiaparabrisas avienten un chorro de agua jabonosa al auto, sortear los baches y superar el nudo que hacen los camiones de carga que salen del Mercado Municipal.

Estacioné el auto donde siempre y caminé rumbo a mi oficina. Faltaba casi una hora para la clase, pero mi mente se había adelantado y ya me imaginaba ahí, frente al grupo, viendo caras desconocidas, esperando que poco a poco se llenara el salón para empezar a hablar del curso, de la forma de evaluar, de las asistencias. El vozarrón de Pepe Zumalacárregui me regresó al presente:

—¡Buenos días, Tirzo! ¿Listo para empezar el semestre?

—No tan buenos, hubiera querido otro mes de vacaciones. ¿Zapatos nuevos o los boleaste para variar?

—Estrenando, los compré en San Antonio, en la tienda de altos y gordos, ya ves que aquí no encuentro ni calzado ni ropa de mi talla.

—Sí, con razón te apodan Pie Grande —recordé.

—También me dicen Zuma. ¿A ti nunca te han puesto apodos?

—Con el apellido tengo, ya sabes, nadie me conoce por mi nombre, puro "profe Tirzo". En la escuela me decían *El flaco*, pero a este paso en dos o tres años me llamarán *El pelón Tirzo*.

—Yo creo que en dos o tres meses, pero dime, ¿qué te preocupa? Venías muy ensimismado, ya mero te tropiezas conmigo.

—Estaba pensando en la remota posibilidad de tener más de dos alumnos interesados en mi clase.

—Siempre tan pesimista, Tirzo. Faltan tres cuartos de hora para que empiecen las clases, vamos por un café.

—El café me da taquicardia y hay que bajar las listas de grupo —protesté.

—Bueno, tómate un tecito, tranquilo. ¿Cuándo han tenido *listas* las *listas* en la primera semana de clases?

—Tienes razón, me conformo con tener algunas alumnas *listas*, porque me toca dar Historia de la Adivinación, y siempre les cuesta entender *Augurios y clarividencia en la antigua Grecia* de Rumpelstilzchen.

—¿Todavía usas ese texto aburrido?

Vocación temprana

Cuando yo tenía 8 años, mi padre se fue de la casa. Desesperada, mi mamá consultó adivinas, astrólogos y brujos. Quería saber dónde estaba su marido y encontrar algún tipo de hechizo para que regresara. La magia no tuvo efecto, papá nunca volvió. En cuanto a la clarividencia, poco fue lo que averiguó sobre la desaparición. El tarot le habló de un hombre que había dejado su casa sin mirar atrás. Además, el ausente tenía el futuro asegurado. Eso era difícil de creer porque mi padre era dueño de un pequeño restaurante italiano que con trabajos daba para irla pasando. Es cierto que vació la caja y la cuenta de ahorros antes de irse, pero eso no alcanzaba para mucho.

Como yo era el más pequeño, acompañaba a mi mamá en sus visitas a videntes y sanadoras mientras mis hermanos mayores trabajaban para que la familia saliera adelante. El mundillo esotérico me producía sentimientos encontrados. Quisiera decir que conocí a un hechicero que vivía en lo más profundo del bosque o que, después de mucho buscar, contactamos a una bruja en una vecindad ruinosa del centro, pero la realidad era más ordinaria. Recuerdo el departamento de una médium muy flaca, con el pelo pintado de rubio. Los muebles de la sala estaban forrados de plástico. Había, eso sí, un altar en el que se amontonaban, entre veladoras y floreros, un Buda gordo, la Virgen de Guadalupe y el retrato de un gurú barbón. ¡Y yo que quería conocer al mago Merlín! Recuerdo que sentía una mezcla de emociones en esos lugares. Por un lado me daba curiosidad y tal vez un poco de miedo, aunque los consultorios de las brujas no eran oscuros y nunca estaban decorados con cuadros siniestros. Por otro, sentía pena al ver que no había ritual ni presagio que le quitara el dolor a mi madre.

Dos años después de la partida de mi padre, por fin tuvimos noticias de él. Su primo Enzo Tirzo nos escribió, mitad en italiano y mitad en español. Dijo que papá se había sacado la lotería y, recién cobrado el premio, viajó a Pescasseroli, la tierra de sus bisabuelos en los Apeninos. Ahí,

junto a sus parientes lejanos, pasaba las tardes hablado de América y bebiendo montepulciano.

Mi madre dejó de consultar clarividentes, no sé si por la certeza de que su marido estaba en Italia o debido a que no le alcanzaba el dinero para gastar en consultas que no le traían más que desilusiones.

Yo, por mi parte, quedé fascinado con el mundo de las cartas astrales, la lectura del café y la quiromancia. Decidí estudiar adivinación. Estaba seguro de que, en algún lugar, podía obtener una formación profesional, no como la de los charlatanes que habían alimentado en vano las esperanzas de mi madre. Primero pensé en estudiar psicología, pero acababan de abrir la Facultad de Ciencias Paranormales en la Universidad de la República. En ese entonces creía que leer el café no era muy diferente de adivinar la personalidad con un test de manchas de tinta, así que decidí estudiar clarividencia.

Pero eso fue muchos años después. Tenía yo 10 cuando supe que mi padre estaba en Italia y nunca volvería. Era un niño solitario, me gustaba la mitología y mis héroes eran Tiresias y Circe, en lugar de Aquiles y Perseo. Pensar en la antigua Grecia me ayudó a vivir en una casa triste, en la que se dejó de comer pizza desde que recibimos la carta del tío Enzo. Y no solo pizza, pues mi madre, al saber que papá estaba feliz en los Apeninos, tiró las botellas de aceite de oliva y los paquetes de canelones y fusilli. Aunque estaba prohibido hablar de papá delante de ella, mis hermanos y yo lo extrañábamos en secreto. Claro que eso no lo hubiéramos admitido entonces. Con el tiempo entendí su decisión: a veces mi mamá era insoportable.

El plan de estudios

En los primeros años de la Universidad de Coatlinchán el plan de estudios sufrió muchos cambios. Algunas materias, que en su momento parecían imprescindibles, han desaparecido. Recuerdo cuando entré a trabajar ahí, me tocó encargarme del curso de Ecología y clarividencia, propuesto por el doctor Medina, entonces decano de la Facultad de Ciencias Ocultas. Le parecía que los egresados de nuestra licenciatura debían ser personas conscientes de la necesidad de proteger el medio ambiente, con conocimientos de la biodiversidad mexicana y capaces de relacionar estos temas con la predicción del futuro. Tuve que hablar de las 27 especies de búhos que hay en México y las investigaciones que se han hecho de la relación entre el canto de cada una de ellas con el presagio de una muerte inminente. Aprendí, por ejemplo, que el canto de los tecolotes es letal, pero escuchar a una lechuza solo produce pesadillas en las que aparecen zombis. En otro de los temas se revisaban los usos de las cactáceas endémicas de la Sierra Gorda de Querétaro en las prácticas chamánicas de los otomíes. Como la materia incluía prácticas conocí las misiones franciscanas y el río Estorax.

Desafortunadamente el doctor Medina nos dejó para dedicarse al programa de conservación del loro tamaulipeco y con él desapareció el interés por la ecología. Un año después tuve que enseñar La adivinación en América Latina: una perspectiva de género, porque la maestra Schmerzen, que entonces dirigía la carrera, estaba muy interesada en esos temas. Aprendí, por ejemplo, que en los países del cono sur a las adivinas se les trataba de brujas, mientras que los clarividentes eran tenidos en alta estima y que a las mujeres que consultaban oráculos generalmente se les presagiaba una vida hogareña. La materia solo se impartió una vez. Por esa época el consejo universitario decidió que los planes y programas de estudio se deben discutir y aprobar en forma colegiada. Hace siete años de eso y no hemos llegado a ningún acuerdo.

El recuento de las reuniones sería largo y tedioso. Recuerdo que Zumalacárregui, desesperado porque no avanzábamos, propuso que todos expusiéramos nuestras ideas en 20 o 25 minutos, pero enseguida Estrada, que sistemáticamente se opone a todo lo que dicen los maestros que no son de su grupo, habló con vehemencia en contra de la propuesta de Zuma. Exaltado, dijo que las ideas no debían limitarse, y menos en un ambiente académico, puesto que eso claramente atentaba contra los más elementales derechos humanos. Cuando pasó a exponer la historia de la lucha por la libertad de expresión en las escuelas entró en una especie de trance, su mirada se dirigió al infinito e hizo un extraño movimiento con la mano derecha, como si le diera la vuelta a una manivela conectada a su cabeza.

Creo que en algún momento tres o cuatro profesores intervinieron para interrumpir su perorata y la discusión tomó otro rumbo, pero ya no me di cuenta porque estaba pensando en los tigres en el sur de China y su relación con la medicina tradicional del Oriente.

Mi atención regresó a la junta cuando el director de la carrera nos preguntó si considerábamos que ya habíamos discutido suficientemente cómo se tomarían las decisiones en próximas reuniones. La maestra Schmerzen y otros dos compañeros levantaron la mano, el doctor Alonso miró hacia arriba en un gesto de impaciencia y yo volví a pensar en los tigres chinos, centrándome en los proyectos de reintroducirlos en zonas protegidas en las que aún existen sus presas. El movimiento de las sillas que indicaba el fin de la reunión me regresó al presente y salí de la sala de juntas murmurando palabras de despedida para mis compañeros.

Dos días después recibimos un correo que nos exhortaba a entrar en materia en la siguiente junta, especificando que un grupo de profesores expondría su propuesta en la primera hora y reservando la segunda para preguntas y discusión. La siguiente reunión empezó con el alegato del doctor Estrada, quien habló de las ciencias ocultas y la lucha de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo. Su exposición fue interrumpida por la llegada intempestiva de un grupo de alumnos que exigían ser tomados en cuenta en la elaboración del nuevo plan de estudios y el resto de la sesión discutimos si ellos debían estar ahí o no y, en caso de aceptar su presencia, si sería en calidad de oyentes o podrían presentar propuestas. No llegamos a ninguna conclusión y los estudiantes se instalaron en plantón permanente en el salón de juntas, por lo que la discusión se suspendió durante dos meses, hasta la llegada de las vacaciones. Entre los inconformes estaban Brian Hernández y su novia Zurizabeth, fundadores del Frente Estudiantil para la Recuperación de la Fauna del Estado de Nopala. El hecho de que estuvie-

La visa y el congreso

Me dio gusto que aceptaran mi trabajo para el Congreso Internacional de Ciencias Paranormales, pero no pensé que debía tramitar una visa.

Saqué la cita por internet y me tocó a las 10:00 a.m. Hace días que me siento nervioso. ¿Y si no llego a tiempo por el tráfico? Pero ¿no sería una lata viajar en Metro cargando pasaporte, constancias de trabajo, estados de cuenta de los últimos tres años y original del predial? ¿Y si pierdo algún documento? Yo siempre me hago bolas con los papeles al grado que si hubiera nacido en tiempos más recientes estaría en tratamiento por déficit de atención, tomando Ritalin. Total que, para llegar con toda calma, quedé en desayunar con un amigo a las 7:30, cerca de la embajada, pero eso no me tranquilizó. Mi amigo me contó de un par de conocidos suyos a los que les habían negado la visa, mientras yo tomaba taza tras taza de café. Me puse todavía más ansioso.

Llegué a formarme en la fila a las 9:45, entre un par de señoras que no dejaron de parlotear de Las Vegas y el Cañón del Colorado y un matrimonio con tres hijos que planeaban saludar a Mickey Mouse y sobrevivir al ataque de los Piratas del Caribe. Eso sí, en ningún lugar he visto mayor equidad. Un grupo de residentes de Interlomas estaban en la fila atrás de tres vecinos del Valle de Chalco y todos se aburrían y cansaban esperando el llamado en el que se decidiría su suerte: visa otorgada o rechazada.

Después de dos horas de estar parado, entré a la sala 1. Me habían platicado que la primera línea de defensa del imperio no eran los misiles, los portaaviones o los satélites espía, sino las empleadas que toman fotos a los solicitantes de visa en la Colonia Cuauhtémoc. Así me pareció cuando un señor distraído pasó frente a uno de esos escritorios y la dueña del lugar le gritó que no podía cruzar por ahí, pero una hora después vi a la misma mujer acompañando amablemente a una persona mayor. Considerando las condiciones de trabajo no lo hacen nada mal: yo me sentía irritado

Maestría fría

Antes de que saliera en los periódicos, mi tío Manolo ya me había dado la buena noticia. El Fondo Nacional para Apoyo a la Ciencia decidió otorgar becas para estudios de posgrado en adivinación. La intervención del senador Carapucheta fue decisiva. "Si uno de los objetivos de la ciencia es la predicción, y la clarividencia se ocupa de pronosticar el futuro, entonces la clarividencia es una disciplina científica y debemos apoyar a los estudiantes que quieran formarse en el extranjero".

Pasé los siguientes ocho meses preparándome para los exámenes de habilidades matemáticas y lógicas y tomando clases de inglés especializado a fin de alcanzar las puntuaciones necesarias para poder ingresar a un posgrado. Redacté ensayos, pedí cartas de recomendación y tomé un curso en el que ayudan a escribir el currículum vitae de modo que resultara atractivo para los comités de admisión.

Presenté 14 exámenes hasta conseguir las calificaciones requeridas, tuve que aumentar la dosis de ansiolíticos y le pedí a la doctora Sesma que me atendiera cuatro veces por semana. Me dijo que con dos era suficiente. Finalmente mandé nueve solicitudes, esperando ser admitido en alguna maestría. En esos días no había *e-mail*, así que vivía pendiente del cartero. Cada vez que tocaban la puerta sentía palpitaciones y sudor frío. Al final solo me contestaron de dos instituciones, una de ellas para desearme mejor suerte para otra ocasión.

Hubiera preferido ir al Instituto Tiresias, en Tebas, pero me aceptaron en la Universidad de Durmstrang, al norte de Escandinavia. Me sentí muy emocionado. Imaginaba que, con la maestría, podría al fin poner un consultorio de lectura de café y tarot en el que los numerosos consultantes se apuntarían en una lista de espera.

Por otro lado, debo confesar que no tenía mucho éxito con las mujeres o, mejor dicho, casi nada, y no sé de dónde me vino la idea de que a las sue-

cas les gustaban los latinos, aunque usaran lentes y fueran algo bajitos. Por las noches, mientras se acercaba la fecha de mi viaje, mi pensamiento volaba a Durmstrang. Me imaginaba paseando a la orilla del lago Blumenthal junto a una rubia llamada Astrid. La enamoraría hablándole de playas con palmeras y ciudades mayas en medio de la selva. Le enseñaría a comer tortillas y frijoles y a disfrutar de los mariachis. Con ella conocería el sol de medianoche, la aurora boreal y el sexo sin inhibiciones. Incluso pensé en invitarla a que conociera México al terminar la maestría. Me divertía pensar en la envidia de mis amigos al verme acompañado de una valkiria.

Conocí a Astrid poco después de mi llegada a Durmstrang, los dos estábamos inscritos en Runas y adivinación entre los vikingos. Era casi tan guapa como la imaginé, pero estaba enamorada de Nils. Su amiga Helga, también muy atractiva, andaba con Lars.

Cuando mi esperanza de un romance nórdico estaba a punto de congelarse, conocí a Ingrid. Caminamos por el bosque recogiendo arándanos y hablando de México. Le interesaba saber del Calendario Azteca, el mole poblano y Emiliano Zapata. Había estudiado historia de América Latina y quería aprender más acerca de la conquista y el virreinato. Interrumpió mi exposición de los Austrias y los Borbones para confesarme que estaba interesada en un mexicano. Sentí una ola de calor a pesar de que eran los primeros días de octubre y estábamos a menos dos grados. Entonces me pidió que le presentara a Pancho, un atlético sonorense, inscrito en la maestría en Producción de alimentos congelados. Decidí dedicarme a los estudios y aprender a esquiar.

El invierno comenzó al día siguiente y duró siete meses y medio, pero nunca aprendí a esquiar. Había clases de deportes invernales para estudiantes extranjeros y en la tercera sufrí un desgarre.

Las clases eran en inglés, pero en cuanto salíamos de los salones la mayor parte de mis compañeros hablaban en sueco. Excepto, claro, los finlandeses, lituanos y polacos. En el único bar todos tomaban *punsch* y comían arenque con papas. Lo peor era el *surströming* —arenque fermentado— que tenía fama de ser la comida más apestosa del mundo. No puedo decir que hice muchos amigos entre los escandinavos y bálticos, y Pancho, el otro estudiante mexicano, estaba siempre ocupado con Ingrid.

Si pudiera regresar en el tiempo escogería estudiar la maestría en un país tropical, cerca del mar y donde hablaran mi idioma, pero vivía en Durmstrang, donde podía nevar cualquier día del año. A falta de novia escandinava, busqué emociones fuertes en el Club de Observadores de Aves el Búho Nival. Pasábamos el tiempo registrando las actividades de estas

Paro por tiempo indefinido

Todo empezó cuando algunos alumnos de hidrobiología se enteraron de que, en el siglo XVI, hubo nutrias en la laguna de Yacatextli. Brian Hernández, conocido activista y apasionado de la conservación, fundó el Frente Estudiantil para la Recuperación de la Fauna del Estado de Nopala. Invariablemente, el primer lunes de cada mes organizaba una manifestación en la explanada de la universidad; tocaban instrumentos prehispánicos, se hacía un periódico mural con dibujos de diferentes tipos de mamíferos, aves y reptiles extirpados de la zona y los cinco o seis participantes exigían, tanto a la rectoría de la universidad como a las autoridades municipales y estatales, que instalaran una mesa de diálogo para la pronta reintroducción de los animales que habitaron la región en otras épocas. Con el tiempo nos acostumbramos a ver a Brian y a su novia Zurizabeth adornados con plumas en la cabeza mientras sus compañeros Jonathan Rodríguez y Giovanna Gutiérrez imitaban el nado de una pareja de nutrias en cortejo. Al ver que el interés de la comunidad decaía demostraron su creatividad: improvisaron danzas en las que representaban garzas, patos, aves rapaces o lagartijas. Sin duda el evento más impresionante fue el baile de los zorrillos, porque un maestro de química apoyó a los actores; los ayudó a recrear el olor característico de esos animales. Ese día se suspendieron las clases.

El asunto se complicó cuando algunos estudiantes de agronomía, encabezados por Brandon Gómez, decidieron defender los alimentos de los pueblos originarios, boicoteando la venta de comida procesada en las tienditas que rodeaban el campus. Los activistas, decididos a terminar con la tiranía de las grandes empresas productoras de alimentos chatarra, saquearon los establecimientos que están frente a la entrada, tiraron el contenido de todas las botellas de Coca-Cola y se dedicaron a romper bolsas de papas fritas, Gansitos y otros productos. Parece que no se habían enterado de que la Cervecería Modelo ya era propiedad de una empresa belgo-brasi-

Culpa progresista

Por teléfono me dijo que le urgía verme, pero cuando hablamos en mi consultorio tardó en decir el motivo de su preocupación:

—He andado en *la grilla*, en diferentes partidos de izquierda desde chava. Primero fue el comité estudiantil en la prepa, luego me metí al Partido Comunista de Nopala y cuando desapareció estuve en el Partido Proletario. Ahora milito en Izquierda Unida. Al principio entré por el novio que tenía en ese tiempo, mejor dicho, para ligármelo. No me pelaba y pensé que, si me veía en las asambleas, las *boteadas* y las marchas se empezaría a fijar en mí.

Mientras la escuchaba me vino a la mente que yo no participé en esas cosas ni de joven. No me gustaban las manifestaciones, pero nunca se me ocurrió que eran una buena ocasión de conocer chicas. Mi consultante continuó:

—Nos veíamos en el círculo de estudios marxistas y luego me hice su novia. Dos meses después él dejó la célula y lo corté. En ese tiempo todos mis amigos estaban en el partido. Era muy aferrada, muy *ultra*, no podía ni hablar con la gente que estaba fuera del movimiento.

—¿Y ahora?

—Afortunadamente ya le bajé. En el partido conocí a una bola de cabrones, iguales o peores que los del Partido Oficial o de la derecha, pero seguí militando, organizando a los vecinos de mi colonia, juntando firmas. Tuvimos algunos logros, por ejemplo, que pintaran la unidad habitacional en la que vivíamos. Me sentía muy bien, en mi barrio todos me conocían. ¡Hasta conseguí otro novio militante! Se acercaban las elecciones locales y estábamos muy emocionados. Todo mi tiempo libre era para volantear, organizar mítines y juntar firmas. Fueron muchos años de participar por el puro gusto, queríamos cambiar al país. Hasta que ganamos.

—Debe haberse sentido muy contenta.

Doctorado

Hace algunos años se pusieron de moda los programas de calidad en la Coatli. El rector decidió que los profesores de mayor antigüedad seríamos los primeros en tomar el curso; en el día señalado me paré muy temprano para llegar puntual a la primera sesión, aunque fuera sin desayunar. Los organizadores llegaron un poco tarde y se les notaba preocupados. Cuchicheaban y no parecían ponerse de acuerdo mientras los participantes esperábamos a la entrada del Salón de Usos Múltiples. A las 9:45 nos avisaron que la clase se suspendía porque don Beto, el encargado de esa área, se había reportado enfermo y solo él tenía llave del salón. A la semana siguiente el problema fue que la computadora no pudo leer la presentación con diapositivas. En la tercera sesión no hubo *quorum* y el curso se suspendió hasta nuevo aviso.

Luego vino la Educación por Competencias y después los cursos de certificación. Obligado a tomar alguna de ellas, elegí la que tenía menos requisitos y mejor horario: Liderazgo Aplicado a Eventos Académicos. En solo dos semanas los participantes recibiríamos un certificado que acreditaría nuestra capacidad de facilitar coloquios, moderar mesas de trabajo y coordinar seminarios. Me sentí muy aliviado cuando el evento se canceló a la tercera clase porque la instructora tuvo un altercado con los dos representantes sindicales becados para el curso.

Por eso pensé que pasaría lo mismo cuando llegó el Programa de Mejoramiento Académico (Promea): en unos meses, máximo un año, el proyecto quedaría olvidado y, al menos por un tiempo, nos dejarían en paz. Me equivoqué.

La obsesión con los estudios de posgrado había empezado en Alemania unos 16 años atrás, cuando el secretario de Instrucción Pública regresó de un viaje de trabajo por ese país convencido de que debíamos imitar a los germanos para, por fin, salir del subdesarrollo. Durante las siguientes

dos semanas acudió a los principales medios de comunicación para hablar de la fórmula que aseguraría un progreso auténtico y duradero en los años por venir: "Si los alemanes fabrican BMW, Audis y Mercedes Benz mientras nosotros exportamos artesanías y mezcal, es porque allá la mayoría de los profesores universitarios tienen grado de doctor, mientras que aquí son menos de tres por ciento".

Aun así pensé que Promea no me afectaría. Después de todo, si la meta del programa era que la mitad de los académicos obtuviera el grado de doctor, siempre podría uno quedar en el otro cincuenta por ciento.

En los meses siguientes, muchos profesores aprovecharon para obtener becas de estudios en el extranjero. La maestra Schmerzen, por ejemplo, viajó a Lituania, la tierra de sus abuelos, y regresó con el grado de doctora. Antonio Benavides, en cambio, optó por ir a España, no porque tuviera particular interés en las instituciones españolas, sino por lo práctico que resultaba estudiar en su idioma. Además, le dijeron que obtener el grado en la Universidad de Mallorca era más fácil que en otros lugares y el programa se impartía en cursos intensivos de verano, cuando las playas eran visitadas por muchas turistas alemanas y suecas.

Pepe Zumalacárregui sugirió que mandáramos los papeles al Instituto Tiresias, pero yo no quería salir del país y además no me gustan las aceitunas.

Diez años después, conforme la mayoría de los maestros de la Coatli se graduaban de doctores la presión aumentaba. Cada año, al llenar el informe de actividades, debía aclarar si estaba cursando o había concluido estudios doctorales. Me incomodaba tachar el recuadro que decía NO. En las juntas y reuniones felicitaban a quienes habían obtenido el grado o se habían inscrito en algún posgrado. Incluso en los pasillos, más de una vez, algún jefe o director, tras saludarme, preguntaba: ¿y usted para cuándo, maestro Tirzo? Lo más incómodo era el tono, parecían subrayar el "maestro" con un tono diferente, burlón, aumentando el volumen de su voz. En ese entonces ya llevaba cuatro años de vivir con Ludmila y ella misma me impulsó a buscar un programa en el que pudiera obtener el grado máximo de estudios.

Sin muchas ganas, empecé a buscar alternativas para convertirme en el doctor Tirzo. La Universidad de la República, por ejemplo, había abierto un programa, pero solo admitía alumnos cuyos proyectos coincidieran con las líneas de investigación de los tutores designados. Como no tenía ganas de estudiar la relación de las fases de la Luna y el amor entre los estudiantes universitarios y mucho menos entrar a Clarividencia electoral, descarté esa opción. Entonces supe del doctorado de la Mockingbird

Desempleo

A veces mis ex alumnos me escriben correos electrónicos o mensajes por las redes sociales. Hoy recibí una carta perturbadora, cuyo contenido no se me puede quitar de la cabeza.

> Querido profe Tirzo:
> Hace algún tiempo estuve a punto de estudiar computación, pero los malos consejos me llevaron a estudiar la licenciatura en adivinación. Aprendí Historia de la Clarividencia, Estadística Aplicada a la Astrología y Teoría y Técnica del Tarot. Sé leer la fortuna en la palma de la mano o en los asientos del café turco... lamentablemente hoy, con todo y mi título y cédula profesional, estoy desempleada.

Mientras leía esta parte, me vino el deseo de aconsejarle. Pensé en lo que se suele decir en esos casos: "Échale ganas, vas a ver que pronto conseguirás algo…", pero me contuve y seguí leyendo:

> Sigo asistiendo a entrevistas de trabajo, pero es cada vez más frustrante hacerlo. No sé si es peor que me digan que no lleno los requisitos del puesto, que estaba entre las finalistas, pero contrataron a otra persona o que me llamarán y quedarme esperando en vano.

No, me dije, no voy a caer en decirle lo que seguramente ya ha escuchado muchas veces. ¿Y si le digo que estudie una maestría o una especialización? Hoy en día, con tanta competencia, hay que superarse para competir en el mercado laboral, pero ¿no será eso más frustrante para ella, que después de terminar primaria, secundaria, preparatoria y cuatro años de carrera todavía tenga que estudiar un posgrado para tener un trabajo? ¿O quizá el plan de estudios es obsoleto y está cargado de materias inútiles? ¿Influye en algo